

- «*Quien es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho; y el que en lo poco es infiel, también es infiel en lo mucho*» (Lc 16,10).
- «*Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras*» (1 Jn 3,18).
- «*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.*» (Jn 14,15)
- «*Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor* (Jn 15,10).
- «*Quiero entregarme a Él por entero, no quiero vivir más que para Él*» (Santa Teresa del Niño Jesús).
- «*Un poquito del puro amor de Dios es más precioso delante de Él y del alma, y más provecho hace a la Iglesia –aunque parezca que no hace nada– que todas las obras exteriores juntas*» (San Juan de la Cruz).

➤ EL AMOR VERDADERO CONSISTE EN HACER LA VOLUNTAD DEL AMADO

1. La santidad es cuestión de amor: Amor a Dios y amor a los hermanos. Por eso, si la santidad es nuestro fin, nuestra meta, ser **perfectos en el amor**, será el medio para conseguirla.

PERO ¿CÓMO AMAR A DIOS?

Hay que amarle con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas... según Jesús mismo nos pide (Mt 22,37). Y el mismo Jesús nos dice también: «*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos*» (Jn 14,15). Y en otro momento: «*Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor*» (Jn 15,10).

Por tanto, la mejor manera de amar a Dios, la manera verdadera de amarle es **hacer en todo y siempre su voluntad**.

Esto se entiende muy bien, porque amar de verdad a alguien es buscar que esté contento, que esté feliz; es conocer sus gustos, sus deseos, su voluntad... para complacerle en todo. Todos sabemos que amar a otro es buscar su felicidad, su agrado sin buscarnos a nosotros mismos, aunque la voluntad del otro no tenga para mí ningún atractivo. Amar es alegrarme con la felicidad de la persona amada.

Si para alcanzar la meta de la santidad necesito amar a Dios sobre todas las cosas, el camino es la **fidelidad a la voluntad de Dios**, que es a lo que estamos llamados desde el bautismo: a identificar nuestra propia voluntad con la de Dios.

Esta fidelidad (que es amor) entraña entrega, obediencia, confianza... por eso el verdadero nombre del amor es fidelidad.

2. Sin embargo, tenemos que reconocer que solemos amar mal. Con demasiada frecuencia nuestro amor es interesado y, por tanto, imperfecto. Cuando decimos que amamos a una persona, fácilmente lo que en realidad amamos en ella son sus cualidades, su belleza, su bondad, sus habilidades... Y esto es sencillamente amar interesadamente, porque en ese caso al amar, lo que estamos buscando (con frecuencia inconscientemente) es beneficiarnos en alguna medida de esas cualidades. Sólo si amo la voluntad del otro, le amo bien, le amo a él por lo que es, y no por lo que tiene. Sólo así le amo con verdadero amor.

Esto, que tiene una aplicación directa a cualquier relación de amor (amistad, familiar, esponsal...), sirve **especialmente en el trato con Dios**: Sólo cuando renuncio a mi propia voluntad para abrazar la voluntad de Jesús, le amo verdaderamente, lo cual exige un total olvido de mí mismo para pensar sólo en Él.

Quien ama de verdad vive atento a los deseos del Amado, incluso de los más pequeños. Y es que amar la voluntad del otro es algo

más que HACER su voluntad (puedo hacer su voluntad a regañadientes y de mala manera).

3. Podemos decir que la cumbre de la perfección está en llegar a **uniformar nuestra voluntad** con la de Dios. «*A eso debemos aspirar de continuo, ese debe ser el fin de nuestras obras, de nuestros deseos, de todas nuestras oraciones*» (San Alfonso María de Ligorio).

Se trata de «*hacer lo que Dios quiere y de querer lo que Dios va haciendo en mí*» (San J. María Rubio). Es decir, obediencia y conformidad, a imitación de Cristo, que decía que su alimento consistía en cumplir la voluntad del Padre (cf. Jn 4, 34). Yo hago siempre aquello que agrada a Mi Padre (cf. Jn 8,38.40).

Los santos, que han amado a Dios con todas sus fuerzas, han vivido esta totalidad en su entrega: Santa Teresa del Niño Jesús dice: «*TODO SERÁ PARA ÉL*». Y también: «*Amar es darlo todo, darse incluso a sí mismo*». «*Vivir de amor es darse sin medida*». «*Quiero entregarme a Él por entero, no quiero vivir más que para Él*».

Es conocida la escena de su infancia: "Cuando se ofreció ante mis ojos el horizonte de la perfección, comprendí que para ser santa había que sufrir mucho, buscar siempre lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendí que en la perfección había muchos grados, y que cada alma era libre de responder a las invitaciones del Señor y de hacer poco o mucho por Él; en una palabra: de escoger entre los sacrificios que Él nos pide. Entonces, como en los días de mi niñez exclamé: «Dios mío, yo lo escojo todo. No quiero ser santa a medias, no me asusta sufrir por Ti. Sólo me asusta una cosa: conservar mi voluntad. Tómala. ¡Yo escojo TODO lo que Tú quieres!» (Ms A, 10r)

Santa Teresa igualmente vive este amor total a Dios: «*No se da este Rey sino a quien se le da del todo*» (CPE 24, 4). «*Como Él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le dan, mas no se da a Sí todo, hasta que ve nos damos del todo a Él*» (CPE 48, 4)

➤ 5 CONSEJOS básicos para empezar a vivir esta vida de amor y de ofrenda a Dios

1º Orientar cada día todo a Dios

Orientar amorosa y constante toda mi actividad a Dios. Vivir para Él, orientar a Dios Padre *toda* nuestra vida disgregada en las mil menudencias y pequeñeces –insignificancias son a la luz de la eternidad–, que tejen la trama de la vida fugaz y transitoria del hombre sobre la tierra.

Ayuda mucho en este sentido **el ofrecimiento de obras que hacemos al principio del día**. Hagámoslo con plena conciencia de su importancia, tratando de actualizarlo con frecuencia a lo largo del día:

«Corazón Santísimo de Jesús, por medio del Corazón Inmaculado de la Virgen, te ofrezco las oraciones, trabajos, alegrías y sufrimientos de este día, para reparar las ofensas que se cometen contra Ti, y por las intenciones conquie continuamente te inmolamos sobre nuestros altares».

«Oh Señora mía, oh Madre mía. Yo me ofrezco del todo a Ti, y en prueba de mi filial afecto, te consagro en este día mis ojos, oídos y lengua. En una palabra todo mi ser, ya que soy todo tuyo, guárdame y defiéndeme como cosa y posesión tuya. Amén».

2º. Ofrecer en particular las cosas pequeñas

Atención especial merecen las cosas pequeñas, pues tienen una importancia decisiva, ya que normalmente no tenemos más que lo

ordinario para demostrar a Dios que le amamos. Las acciones ordinarias y habituales son las que están más al alcance de nuestra mano, y de manera permanente.

La oración de ofrecimiento de obras primero habla de «sufrimientos, trabajos, alegrías...». Y para no excluir nada de nuestra actividad, impulsada y sostenida de continuo por el amor al Padre de los Cielos, añade «las acciones todas de la vida», sin exceptuar las más insignificantes, pues ante Dios lo que se cotiza no es la magnitud externa de las obras, sino el amor con que se realizan.

Fidelidad absoluta y sonriente trama la vida de los santos. Millares de mártires se han preparado silenciosamente, con su labor diaria, a la inmolación suprema. En toda alma duerme un alma de mártir.

Además, es muy significativo la experiencia de los santos, que nos dicen que la relajación de la vida espiritual empieza siempre por descuidar las cosas pequeñas. Por ejemplo, Santa Teresa dice a sus hijas en el libro de las Fundaciones:

"No dejen caer ninguna cosa de perfección, por amor de nuestro Señor (...) Miren que por muy pequeñas cosas va el demonio barrenando agujeros por donde entren las muy grandes. No los acaezca decir: en esto no va nada, que son extremos. ¡Oh, hijas mías, que en todo va mucho, como sea ir adelante!" (Fundaciones, 29, 32)

3º Cómo hacerlo: Amor y constancia

Hay que ofrecerlo todo a Dios, pero no de cualquier manera. Importa mucho la intención que nos mueve, las motivaciones verdaderas de nuestro actuar. Por eso, estas pequeñas cosas a lo largo del día debemos ofrecérselas a Dios con AMOR y con CONSTANCIA.

1. Con **amor**, porque la vida se nos comunica y conserva para amar, sirviendo a Dios. Para cumplir este «fin de amor para que fuimos creados» (San Juan de la Cruz), es preciso orientar amorosamente toda nuestra vida a Él.

Si de veras quiero agradar a Jesús en todo debo hacer las cosas no por cumplir, o por obligación, o por costumbre, sino por razón de amor. Hay que hacer guerra a la "mediocridad comfortable", no negarle nada al Señor. Que el alma no se acomode. Siempre tengo el peligro de instalarme, precisamente por la herida del pecado original, con la que siempre debo contar: hace que nos inclinemos, que tendamos a la ligereza, superficialidad, comodidad...

La caridad es la virtud que nos hace amar a Dios como a nuestro bien supremo, y la que orienta hacia Él todas nuestras acciones, lo cual es el fundamento de todo su valor sobrenatural. Por eso dice san Pablo: *"Aunque tuviese una fe que trasladase montañas... si repartiese toda mi hacienda, o entregase mi cuerpo al fuego... si no tengo amor nada me aprovecha"* (I Cor 13,3). San Francisco de Sales dice: *"Una bofetada tolerada con gran amor, vale más que el martirio soportado con poco amor"*.

Por eso, cuando esta caridad arraiga bien en el alma, lo que menos importa para nuestra santificación es el género de acciones en que nos ocupemos.

No olvidemos la máxima de San Juan de la Cruz: *«Un poquito del puro amor de Dios es más precioso delante de Él y del alma, y más provecho hace a la Iglesia –aunque parezca que no hace nada– que todas las obras exteriores juntas».*

2. Con **constancia**, pues sólo centrandolo en Dios toda nuestra actividad, conseguiremos, a pesar de nuestras miserias y fallos, esa identificación creciente con su voluntad en que consiste la santidad. No vale el amor durante un rato solo... Debe arraigar en

el alma para que se muestre y exprese habitualmente. En esto tampoco debemos cansarnos de estar empezando siempre.

4º Vivir el Heroísmo de la pequeñez

«Quien es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho; y el que en lo poco es infiel, también es infiel en lo mucho» (Lc 16,10; cf. Lc 19,17).

El menor de nuestros actos tiene trascendencia de eternidad. Debemos aprovecharlos todos avariciosamente para unirnos con Dios, nuestro fin. Ser fieles en las pequeñas cosas (cf. Lc 16,10; 19,17).

Este es el secreto de la santidad evangélica. El heroísmo de la pequeñez conduce al heroísmo de la grandeza. Es el «caminito» de Santa Teresita. Su modelo fue la Virgen de Nazaret, cultivando el detalle en cada una de sus ocupaciones domésticas, como cualquier mujer de pueblo, pero toda de Dios por la fuerza de la fe y el heroísmo del amor. *«Una hostia de la Trinidad es un alma crucificada, fiel a Dios en las más pequeñas cosas, sin negligencia, buscando, como Cristo, cumplir la voluntad del Padre hasta el menor detalle»* (Santa Isabel de la Trinidad).

El Espíritu Santo, actúa en nosotros con el Don de Fortaleza de dos formas distintas, pero igualmente divinas: el heroísmo de pequeñez y el de grandeza. Es verdad que sólo Él sostiene a los mártires en el momento decisivo y grandioso de ofrecer su vida, o el que anima a los grandes santos en sus acciones humanamente imposibles; pero la misma fuerza de lo alto se requiere para la fidelidad martirial a las pequeñas y continuas acciones de amor que deben ir tejiendo toda nuestra existencia, haciendo de ella un permanente canto de alabanza a Dios.

Santa Teresa de Lisieux, clarividente y genial educadora, formaba a sus novicias en esta mística de lo pequeño. Solía decirles: *«Tener sublimes pensamientos, componer libros, escribir vidas de santos, no vale tanto como responder cuando os llaman. Lo practico así y siento la paz que de ello deriva»* (Proceso).

Grandeza y pequeñez sólo tienen sentido en el lenguaje de los hombres. En Dios no hay más que inmensidad, y ésta resplandece en las cosas pequeñas tanto como en las que llamamos grandes, porque igualmente desborda las unas y las otras. *«No le rehusemos el menor sacrificio —continúa la santa— ¡Recoger un alfiler por amor puede convertir a un alma! ¡Qué misterio! Sólo Jesús puede dar tal precio a nuestras acciones. Amémosle, pues, con todas nuestras fuerzas»* (Carta 143, a Leonia). Que nada en nuestra vida se desperdicie, y pierda su valor de eternidad.

5º Ayuda mucho pensar en el cielo

Nuestra vida es preparación para el supremo y definitivo encuentro con Él. No olvidemos nunca esto. Como los primeros cristianos, debemos vivir esperando el retorno glorioso del Maestro, el abrazo perfecto de duración eterna, mientras se enciende nuestro corazón al repetir el verso incandescente de San Juan de la Cruz: *«Descubre tu presencia, y máteme tu vista y hermosura; mira que la dolencia de amor, que no se cura sino con la presencia y la figura.»* (Cántico espiritual entre el alma y Cristo su esposo).

Diez días antes de su muerte, 18 agosto 430, ordena San Agustín que no permitan la entrada en su celda. Nadie debe turbar su preparación. Completamente solo, entre oraciones devotas y abundantes lágrimas de compunción, se dispone a comparecer ante Dios. En su celda, y sobre su espera solitaria, flota un silencio solemne, mientras los vándalos asediaban Hipona. Nunca mejor que en los momentos de la muerte del santo, se comprende la finalidad de la vida monástica que San Agustín, fundador del monacato africano, extendió al clero: prepararse para comparecer ante el tribunal divino.

ESCUELA DE SANTIDAD (Práctica cristiana)

TEMA 2. "Todo será para Él"

1. Ejercicio de ORACIÓN para la semana

• La oración según Santa Teresa

Dejemos que sea Santa Teresa, la gran Doctora, la que nos prepare para nuestra oración. Ella llama a la oración "camino real para el cielo", entiende que quien se determina a seguirlo inicia un "viaje divino" por el que se gana un gran tesoro, de manera que todo el esfuerzo que pueda requerir es nada en comparación con el gran precio que se alcanza. "No es mucho que cueste mucho".

Define la oración como un "tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama". Y dice también:

• Determinada determinación

"Hablando ahora de los que comienzan a ser siervos del amor (que no me parece otra cosa determinarnos a seguir por este camino de la oración al que tanto nos amó) es una dignidad tan grande que me regalo extrañamente en pensar en ella". Y les aconseja: «Toda la pretensión de quien comience oración ha de ser trabajar, y determinarse y disponerse, con cuanta diligencia pueda, a hacer conformar su voluntad con la de Dios» (Castillo Interior). Y como «en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual», para vigorizar la constancia, nos dice: «Importa mucho y es el todo, una muy grande y determinada determinación de no parar hasta llegar al fin, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, aunque se muera en el camino, aunque se hunda el mundo» (Camino, capítulo 21).

• Capacidad de soledad y de silencio

El que pretenda avanzar por el camino real de la oración, y más en el ruidoso mundo actual, debe empeñarse en conseguir una auténtica capacidad de soledad y silencio.

El silencio ha sido siempre la situación privilegiada no sólo para hablar con Dios, sino para escucharle. No es sólo no hablar, sino estar lleno por dentro: es riqueza y plenitud interior. Exige también callar a todos los apetitos desordenados, a todas las tendencias malsanas de nuestro hombre viejo, pero capacita para el diálogo íntimo consigo mismo y con Dios.

Igualmente la soledad: viene a ser una situación anímica compatible incluso con los quehaceres propios de una vida activa, porque el espíritu se siente libre, desprendido del mundo exterior, zambullido en Dios. La paz embarga el alma. Estas son algunas expresiones de Santa Teresa: "Acostumbrarse a soledad es gran cosa para la oración".

"Los que comienzan a tener oración han de ir acostumbrándose a no dárseles de ver ni oír, y aun ponerlo por obra las horas de oración, si no estar en soledad y apartados, pensar su vida pasada".

"Porque lo que más hemos de procurar al principio es solo tener cuidado de sí sola y hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella, y esto es lo que le conviene mucho".

Y el P. Morales, hablando de los tipos de oración según la Santa de Ávila, nos dice: "Santa Teresa te recomienda la **oración de recogimiento** primero, para que recogiendo los ojos, los oídos, la lengua, recojas imaginación, sensibilidad, y puedas así contemplar a las personas, oír lo que hablan, ver lo que hacen. Luego, esta oración de recogimiento te lleva insensiblemente a la **oración de quietud**: tu alma se encuentra quieta, sosegada, como en otra región distinta de Madrid que te contagia su ruido y su estrépito. También la oración vocal te ayuda; en el rosario, por ejemplo, la cadencia de avemarías te va facilitando la oración de quietud después de la oración de recogimiento. Y finalmente, te encuentras transformado, porque los rayos divinos de Jesucristo te envuelven en una nube como a los apóstoles en la Transfiguración. En el rosario, la cadencia de avemarías que se repiten se parece a las olas del mar, nos elevan a todos a las cimas de la contemplación".

• Petición para la semana. Seguimos rezando la misma:

Poderosísima y buenísima Madre nuestra: Queremos ardientemente entrar en el camino de la santidad. Santidad sencilla y alegre como la tuya, sin acciones brillantes; que se sepa ocultar siempre sin llamar la atención nunca. Danos un corazón que desaparezca con energía y constancia en las monótonas obligaciones de cada día, que acepte con amor los sufrimientos pequeños o grandes, pasajeros o persistentes. Un corazón limpio de egoísmo, sin sombra de vanidad, sin nieblas de sentimentalismo, tierno y apasionado para amarte sin medida, incansable y fuerte para conquistarte almas. Un corazón que no se cierre ante la ingratitud, ni se canse ante la indiferencia. Un corazón que no olvide ningún bien, ni guarde rencor por ningún mal. Un corazón puro que inunde el mundo de Luz, de Amor, de Vida.

TEXTOS PARA MEDITAR ESTA SEMANA

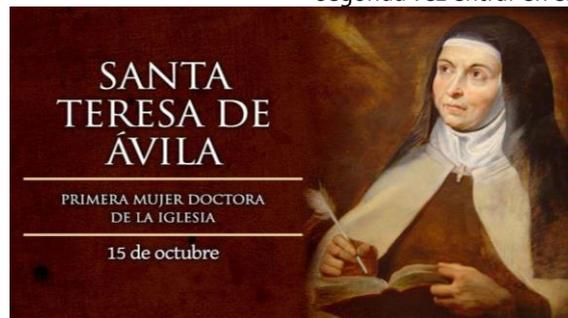
Los dos primeros días, meditemos con los textos del Tema (Hoja azul). Para los siguientes pueden ayudarte estos (el 7º debe ser una repetición):

Día 3º "Tenéis que nacer de nuevo"

Jesús le contestó: – «Te lo aseguro, el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios». Nicodemo le pregunta:

– «¿Cómo puede nacer un hombre, siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?»

Jesús le contestó: – «Te lo aseguro, el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu. No te extrañes de que te haya dicho: «Tenéis que nacer de nuevo»; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu.» (Jn 3).



Tenéis que nacer de nuevo... "Estas sencillas y directas palabras, aprendidas de su Maestro, las emplea continuamente la Iglesia. Toda vuestra naturaleza tiene que renacer, vuestras pasiones y afectos, vuestros deseos, vuestra conciencia y voluntad tienen que limpiarse en una nueva agua y ser consagrados de nuevo a vuestro Hacedor; y, -lo último, pero lo más importante- vuestra razón" (San Juan Enrique Newman).

El Bautismo, al injertarme en Cristo, hace que palpite en mí su corazón sagrado, de manera que me hace morir a mi propia voluntad para no tener más que la suya; Él se apropia de mi voluntad para hacerla una con la suya. Y lo mismo con el entendimiento y con el corazón. Ser santo es eso: empezar a pensar, a querer y a amar de una manera distinta y nueva, ¡la de Él!

Día 4º Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Injertados en Cristo

"Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis" (Jn 15).

La vida cristiana es una amistad íntima del hombre con Dios. Y Cristo ha querido necesitar mi humanidad para seguir viviendo, sufriendo, amando, ofreciéndose... Y cuando yo le ofrezco mi vida como sarmiento injertado en la vid, entonces le dejo hacer, me transforma en Él. Eso se produce en el Bautismo, que nos injerta en Cristo Cabeza. Por eso la vida cristiana se convierte en una amistad íntima con Dios, colaborando con Él. El bautismo te injerta en Cristo cabeza, y nos hace hijos adoptivos de Dios y sacerdotes por el bautismo.

La gracia es vivir ya, por el bautismo, cielo en la tierra. Ya estamos en el cielo puesto que estamos injertados en Cristo, dice con todo rigor teológico, san Juan Damasceno. Estamos ya en el cielo con Él porque estamos injertados en Él. No en nuestras personas, sino en la suya. Por la gracia estamos ya en el cielo para siempre, puesto que nuestra Cabeza, Cristo, está allí. Y Él está con nosotros en la tierra hasta la consumación del tiempo, esto es lo que dice san Agustín.

Día 5º El valor de lo pequeño para Dios

«Un poquito del puro amor de Dios es más precioso delante de Él y del alma, y más provecho hace a la Iglesia –aunque parezca que no hace nada– que todas las obras exteriores juntas» (San Juan de la Cruz).

“El que es fiel en las cosas pequeñas, también es fiel en las grandes; y el que es infiel en las cosas pequeñas, también es infiel en las grandes”.

«Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir» (Mc 12,43-44).

San Agustín: “Da no tanto en cantidad, como en buena voluntad. Pues no por dar poco, de lo poco que posees, se considerará como poco cuanto dieres. Dios no valora la cantidad sino la voluntad. ... Contemplad aquella pobre viuda que llevaba dos pequeñas monedas. Los presentes observaban lo mucho que echaban los ricos en el cepillo del templo y contemplaban sus grandes cantidades. Entró ella al templo y echó dos monedas. ¿Quién se preocupó ni siquiera de echarle una mirada? Pero el Señor la miró, y de tal manera que sólo la vio a ella y la recomendó a los que no la veían, es decir, les recomendó que mirasen a la que ni siquiera veían. «Estáis viendo -les dijo- a esta viuda, -y entonces se fijaron en ella- ella echó mucho más en ofrenda a Dios que aquellos ricos que ofrecieron mucho de lo mucho que poseían».

Ellos ponían sus miradas en las grandes ofertas de los ricos, alabándolos por ello. Aunque luego vieron a la viuda, ¿cuándo vieron aquellas dos monedas? Ella echó más en ofrenda a Dios -dijo el Señor - que aquellos ricos. Ellos echaron mucho de lo mucho que tenían; ella echó todo lo que poseía. Mucho tenía, pues tenía a Dios en su corazón. Es más tener a Dios en el alma que oro en el arca. ¿Quién echó más que la viuda que no se reservó nada para sí?

“Si quieres cambiar el mundo, empieza por hacerte la cama. Si haces tu cama cada día, habrás logrado la primera tarea del día. Sentirás un pequeño sentimiento de orgullo que te animará a hacer otra tarea... y la siguiente... y la siguiente” (William H. McRaven, un condecorado militar a una promoción de graduados en la universidad de Texas).

Día 6º Yo lo escojo todo. No quiero ser santa a medias

Escribe santa Teresita: “Un día, Leonia, creyéndose ya demasiado mayor para jugar a las muñecas, vino a nuestro encuentro con una cesta llena de vestiditos y de preciosos retazos para hacer más. Encima de todo estaba acostada su muñeca. «Tomad, hermanitas — nos dijo—, escoged, os doy todo esto para vosotras». Celina alargó la mano y cogió un pequeño mazo de cintas que le gustaba. Tras pensarlo un momento, yo alargué a mi vez la mano, diciendo: «¡Yo lo escojo todo!», y cogí la cesta sin más ceremonias. A los testigos de la escena la cosa les pareció muy justa, y ni a la misma Celina se le ocurrió quejarse (aunque la verdad es que juguetes no le faltaban, pues su padrino la colmaba de regalos, y Luisa encontraba la forma de agenciarle todo lo que deseaba).

Este insignificante episodio de mi infancia es el resumen de toda mi vida. Más tarde, cuando se ofreció ante mis ojos el horizonte de la perfección, comprendí que para ser santa había que sufrir mucho, buscar siempre lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendí que en la perfección había muchos grados, y que cada alma era libre de responder a las invitaciones del Señor y de hacer poco o mucho por él, en una palabra, de escoger entre los sacrificios que él nos pide. Y entonces, como en los días de mi niñez, exclamé: «Dios mío, yo lo escojo todo. No quiero ser santa a medias, no me asusta sufrir por ti, sólo temo una cosa: conservar mi voluntad. Tómala, ¡pues “yo escojo todo” lo que tú quieres...!»

2. Ejercicio de CARIDAD para esta semana

Santa Teresa llama repetidas veces a Jesús “el Capitán del amor”. Ella nos enseña detenidamente el camino de la purificación del amor mutuo, fraterno. Y alerta de los peligros y riesgos de amor imperfecto. Para ella el amor verdadero supone:

- 1º. Tener solo en Dios su motivación.
- 2º. No buscar en modo alguno ser correspondido. Es un amor de benevolencia. Un amor que quiere dar sin preocuparse nunca de recibir.
- 3º. Desea para la persona amada los bienes espirituales. También desea los materiales, pero en orden a aquellos.

E insiste en decir que importa mucho no amar por las cualidades naturales que vemos en las personas, sino por Dios y como Dios, para no exponernos a injusticias, optando tal vez por los más ruines si éstos tienen dones de naturaleza.

En definitiva, Teresa invita a decir no al amor que se ha de acabar con la vida y sí al que dura para siempre y es el que propone el Capitán del amor. Por tanto hay que amar:

- sin esperar respuesta o correspondencia
- aunque no nos amen
- incluso aunque nos odien

Este amor verdadero es servicio, entrega, disposición permanente a darse. Se adelanta a tomar el trabajo para evitárselo al prójimo. Así procedió Cristo:

“Cuánto le costó el amor que nos tuvo, que para librarnos de la muerte la murió tan penosa como muerte de cruz”

Piensa en cómo puedes aplicar esta doctrina de la Santa esta semana, este amor perfecto, purificado de todo egoísmo. Proponte practicarlo en casos y compromisos concretos.

3. Ejercicio de ABNEGACIÓN para esta semana

Para que un pájaro vuele, decía con frecuencia el P. Tomás Morales, necesita dos alas: la oración y la penitencia, con una sola no vuela.

Santa Teresa, con su talante maravilloso, hace frente al peligro de la ‘vida blanda’ con una sentencia categórica: “Regalo y oración no se compadecen”. Y dice también: “Se tiene con harto trabajo la oración mental si no se procuran las virtudes [...] Es gran negocio comenzar las almas oración comenzándose a desasir de todo género de contenidos y entrar determinadas a sólo ayudar a llevar la cruz a Cristo. Lo que he entendido es que todo este cimiento de la oración va fundado en humildad, y que mientras más se abaja un alma en la oración, más la sube Dios”.

Otra tentación posible y tenaz (que también sufrió la Santa) es el engaño manifiesto de querer compaginar el saboreo de los gustos de este mundo y los de la oración: “Paréceme ahora a mí esta manera de caminar un querer concertar cuerpo y alma para no perder acá el descanso y gozar allá de Dios. Más es paso de gallina, nunca con él se llegará a la libertad de espíritu”

Tuvo Teresa grandes deseos de oración al principio, pero no logró llegar a la altura enseguida por no tener quién le obligara, pues, confiesa con sencillez, “procuraba esto que he dicho, tener oración mas vivir a mi placer”. Es, por tanto imprescindible la abnegación del yo.

La vida moderna nos posibilita nuevas formas de ascesis. La sensibilidad espiritual de cada uno tendrá que saber cómo debe vivir desde la caridad la mortificación de los sentidos. Pero tengamos en cuenta esto al hacer sacrificios:

- No se trata tanto de buscar ser perfecto, de conseguir virtudes o regalos de Dios... cuando de complacer a Dios, agradar a Jesús, he aquí la gran tarea.
- Y ello por medios muy sencillos “que a mí me ha dado muy buen resultado”. “Arrojar a Jesús las flores de los pequeños sacrificios, ganarle a base de caricias. Así le he ganado yo” (Santa Teresita)